

NEW LEFT REVIEW 112

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2018

ARTÍCULOS

ROBERT POLLIN	Por un nuevo <i>New Deal</i> verde	7
ACHIN VANAİK	Las dos hegemonías de la India	32
JOHN WILLETT	Arte y revolución	67
CATHERINE BERTHO LAVENIR	Construir fronteras	97

ENTREVISTA

PETER DEWS	La idea de esperanza	107
------------	----------------------	-----

ARTÍCULOS

CAL WINSLOW	¿Ciudad corporativa?	141
EVA DÍAZ	El arte y la nueva era espacial	157

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CATHERINE BERTHO LAVENIR

CONSTRUIR FRONTERAS

● **CÓMO PENSAR EN** la idea de la frontera de tal forma que tengamos totalmente en cuenta su realidad material cambiante? Un punto de partida podrían ser los tres elementos fundamentales de transmisión que propone la mediología: la tecnología que transmite el mensaje; el mensaje en sí y su significado simbólico; y la institución, que no solamente posibilita su comunicación a lo largo del espacio, sino que garantiza su transmisión a lo largo del tiempo¹. En términos materiales, la frontera es ante todo «natural»: ríos, arroyos, piedras planas, olmos y robles nos permiten identificar un límite. Puede también ser obra del ser humano: una sucesión de hitos, cruces, placas, pero también de muros, trincheras o alambradas. Puede ser discontinua: un rosario de fuertes, de campamentos militares o de puestos aduaneros.

Estos marcadores físicos insertados sobre el terreno no tendrían significado alguno sin las palabras que les prestan sentido y transmiten su memoria. Las fortalezas y los puestos aduaneros no pueden funcionar si se escinden de la jerarquía militar o del gobierno al que pertenecen. En un primer momento, la tradición oral se encargó de transmitir el sentido rememorado de la marca fronteriza, del árbol solitario. Suele ser más habitual que sean las formas escritas (tratados o cartas) o las imágenes (como el mapa) quienes presenten el mensaje: un determinado territorio termina aquí. Pero los mapas y las cartas no se sostienen sin instituciones que conserven y respalden que su información es válida.

¹ Este ensayo se publicó originalmente como «Technologies de la frontière», en *Medium*, julio-diciembre 2010, núm. 24-25. Agradecemos el permiso para publicar la traducción.

Así, pues, no hay frontera sin cancillería y sin una oficina de registros oficiales; y no hay mapa sin una labor topográfica encargada por quienes detentan el poder. En la era de la democracia, cuando se hace necesario tener en cuenta la opinión pública, los mapas y los atlas ayudan a que la ciudadanía aprenda –si es preciso, bajo la vara del profesor– los perímetros del Estado que algún día puede que sean convocados a defender.

Cada época, entonces, puede distinguirse por las instituciones de sus fronteras, por los vectores materiales de su inscripción en la tierra y por las formas de su transmisión. Para comprobar estas hipótesis, vamos a examinar tres ejemplos diferentes, cada uno de ellos bajo la lente de aumento para así identificar su lógica. En primer lugar, la frontera medieval que, desde alrededor del año 800 d. C., separaba a las tribus germánicas de sus vecinas eslavas; después, algunas de las fronteras feudales europeas; finalmente, la aparición de las fronteras de los Estados modernos en la era de la imprenta y la cartografía. Nuestra apuesta es que, en cada época, encontramos una forma política y un empleo de la frontera que se corresponde con su estadio tecnológico.

Hitos fronterizos y abedules

En primer lugar, una hipótesis: hemos estado hablando de una frontera lineal, trazada con precisión, no de un espacio vago e indiferenciado. Pero esto no es algo inequívocamente evidente. La historiografía antigua insistía en el carácter fluido de las fronteras más allá del Imperio Romano. Los historiadores modernos, por el contrario, defienden las líneas de división exactas. Esto subraya la tensión entre una concepción imperial de la frontera –bien señalizada, puntuada por la presencia de fuertes y guarniciones, capaz de controlar la entrada al imperio, delimitando el fuera y el adentro– y la práctica de esta misma frontera como un lugar de transacciones comerciales, contrabandos, migración y desplazamientos de personas.

Las descripciones que se hacían en el siglo I d. C. de los espacios al este del Rin insistían en el carácter no lineal de las fronteras entre unos pueblos que los cronistas conocían únicamente de oídas. En los bosques habitados por las tribus germánicas, la imaginación política de aquellos tiempos veía alternancias entre zonas llenas y vacías. Así, Julio César, en *La guerra de las Galias*, enfatizaba los espacios deshabitados que, decía, separaban a unos pueblos germánicos de otros:

Ellos consideran que la mayor gloria de una nación es tener la mayor cantidad posible de espacio salvaje más allá de sus fronteras, pues esto denota la cantidad de ciudades que no pueden resistir la gloria de sus ejércitos. Se dice que a un lado de la frontera sueva hay un vacío de 600.000 pasos. Al otro lado, sus vecinos son los *ubii* (los francos), que conforman una nación importante.

César, no obstante, se contradice parcialmente cuando habla de la importancia del comercio en esta región del Rin y cuando describe las desgracias de los menapios, una tribu belga instalada a ambos lados del Rin y, por lo tanto, vulnerable ante un ataque, puesto que carece de línea de defensa.

Nueve siglos más tarde, la situación de los pueblos germánicos se ha transformado; también sus prácticas de frontera, que ahora implicaban el curso del río Elba. Estas regiones ya no eran conocidas únicamente de oídas: ahora ya está claro que los pueblos germánicos, así como los eslavos que vivían al norte y al este del río, tenían una idea muy precisa de dónde se trazaban las fronteras de sus territorios y de cómo había que señalarlas. Europa, en efecto, estaba atravesada de norte a sur por una línea, a la vez material y simbólica, que separaba a los germanos del oeste de los eslavos del este: los *limes saxoniae* o «límites de Sajonia», que iban desde el fiordo de Kiel en el norte hasta el golfo de Trieste, desde el Báltico hasta el Adriático. Por razones evidentes, buena parte de la historiografía alemana se ha dedicado a esta frontera, marcando la visión entre un oeste «franco y sajón» y un este eslavo. Los textos procedentes de los *Anales Imperiales*, de la época de Carlomagno o ligeramente posteriores, nos dan una idea de lo que significaba esta frontera para los diplomáticos de los emperadores y para las grandes órdenes religiosas. La frontera sobre el terreno la constituían los encuentros cara a cara (¿o sería codo con codo?) de habitantes con diferentes lenguas y orígenes. Pero era sobre todo una decisión política la que asignaba un nombre (los *limes* sajones) a este espacio en los textos y la que lo constituía como el objeto de un proyecto militar imperial. No obstante, a pesar de los esfuerzos del Emperador, no deberíamos imaginarnos una línea continua de fuertes militares, capaces de existir durante siglos. Habría hecho falta una administración duradera para construir una frontera moderna y, en el año 805 d. C., en los confines de Turingia, sin duda alguna, no había nada similar.

Existía, sin embargo, otro tipo de frontera tal y como lo testimonia un texto del siglo XI, la *Gesta Hammaburgensis ecclesiae pontificum*, escrita por Adam de Bremen, cronista de la historia eclesiástica en la región al norte del Elba, quien afirmaba haber visto un documento, una escritura carolingia, probablemente redactada con ocasión de una concesión regia o de la fundación de una diócesis, que describía los *limes* sajones. «Hemos encontrado una descripción de la frontera sajona en la otra orilla del río Elba, tal y como la dibujaron Carlomagno y los demás emperadores», empezaba su escrito. El curso superior de los *limes* se apartaba del río y proseguía a través del bosque hasta el río Delvenau. «Desde ahí se dirige al río Hornbek Mill y después a las fuentes del río Bille. Desde ahí va a la piedra de Ludwine hasta algunos abedules marcados y el río Barnitz». Atravesando el bosque, cruza un vado donde una piedra conmemorativa señalaba el lugar de un combate singular entre el triunfante «Burwido» y un «guerrero eslavo». Desde ese riachuelo, los *limes* siguen hasta el lago de Colse y desde ahí hasta río Schwentine, al que acompañan hasta el golfo Escita y el mar Báltico².

Esta descripción nos muestra qué es una frontera cuando no hay un poder efectivo que pueda grabarla en la tierra. La frontera consistía en elementos naturales inscritos en una cultura; cada uno de ellos tenía un nombre, en dialecto germánico o eslavo. Además, el curso de los *limes* descansaba sobre marcas y señales hechas por el ser humano: la piedra erigida por Ludwine, o bautizada con su nombre; el grupo de abedules marcados con una señal especial, posiblemente una cruz, con la intención de denominar una frontera. El duelo que enfrenta a Burwido con un guerrero eslavo puede querer decir que allí hubo un conflicto. La piedra que señala este lugar probablemente llevara inscripciones, posiblemente runas. Hay que destacar que no hay nada en esta descripción que haga pensar en una línea fortificada, ni tampoco pruebas arqueológicas de que la haya habido. En esta región hay fuertes, pero sus restos están dispersos y son difíciles de interpretar. Los descubrimientos hasta la fecha indican fortificaciones eslavas tanto como del imperio carolingio. Parece que las tribus eslavas de la región defendían sus territorios con los mismos medios que empleaban en Mecklemburgo y Pomerania del Norte: con densos setos y barreras de vegetación (César describe este mismo tipo de setos en la tierra de los

² Citado en Matthias Hardt, «The Limes Saxoniae as Part of the Eastern Borderlands of the Frankish and Ottonian Salian Empire», en Florin Curta, (ed.), *Borders, Barriers and Ethnogenesis: Frontiers in Late Antiquity and the Middle Ages*, Chicago, 2005, pp. 35-49.

galos). Al norte del Elba, las fronteras estaban señaladas por barreras de fabricación humana en los bosques, cuya memoria se conserva en el nombre Mannheim. Los árboles se cortaban a una altura de unos dos metros, su parte superior se transformaba en empalizadas. Sumadas al denso bosque inferior, creaban una barrera impenetrable.

Pequeños señores feudales y jurisdicción local

Las fronteras también tienen su final. Después de 1200 los principados eslavos se integraron en el Sacro Imperio Romano. Se talaron vastas franjas de los antiguos bosques. Los *limes* sajones perdieron por completo su función como territorios fronterizos. Lo que comenzó ahora fue un nuevo concepto de la frontera, que surge en las tierras prusianas más allá del Vístula que estaban bajo el control de los Caballeros teutones. ¿Qué fue de estas fronteras en la época feudal? ¿Desaparecieron al mismo tiempo que las instituciones que las respaldaban? En una reflexión acerca de la cuestión de las fronteras en la Alta Edad Media, Bernard Guénéé ha apuntado que este no fue el caso. Su síntesis evoca los mismos elementos que contribuyeron a la fascinación por los *limes* sajones: ríos, árboles destacados, piedras grabadas y fortificaciones diseminadas, no necesariamente defendidas, como si existiera un antiguo patrón de fronteras seminaturales³.

Al cuestionarse la noción de la frontera como una línea de división precisa, Guénéé acaba por distinguir varios tipos diferentes. En primer lugar, una frontera bien dibujada, casi siempre vinculada a la existencia de un poder fuerte y estable. En segundo lugar, el difuminado de los sistemas fronterizos, bien cuando el poder se parcela entre los principados feudales y los eclesiásticos, en un momento en el que las lealtades personales tienen su peso sobre el control del territorio, o bien cuando los sistemas de lealtad se solapan, emborronando el mapa, al menos a los ojos del historiador que, descorazonado por su complejidad, abandona el campo. A escala local, sin embargo, y para quienes se interesen en estas cuestiones, las fronteras permanecen claras. El señor de la localidad sabía perfectamente si se le debían tributos al otro lado del arroyo o no; el aparcerero de un pedazo de terreno llevaba las cuentas exactas de lo que debía pagar. Cualquier intrusión únicamente exacerbaba la conciencia de la frontera:

³ Bernard Guénéé, «Des limites féodales aux frontières politiques», en Pierre Nora (ed.), *Les lieux de mémoire II: La nation*, París, 1986, pp. 10-33.

los pleitos acerca de si una casa o un terreno estaba situado dentro o fuera de la línea de la frontera podían durar décadas.

Guénée también identificaba un tercer caso: el de un territorio escasamente habitado, páramos o bosques. Aquí las demarcaciones eran vagas y su estatus incierto podía ser explotado por quienes tuvieran interés en ello. Había una correlación entre la densidad de la población humana y la delimitación precisa de los territorios, y había arsenales judiciales que se movilizaban en enfrentamientos repetidos para fijar permanentemente el estatus de frontera. En otros lugares, el carácter indeciso del límite podía ser parte del sistema. A principios del siglo XVII había un argumento estructural a favor de mantener mal definidas las fronteras de la Toscana: los pastores que llevaban sus rebaños por la tierra sin cultivar querían mantener sus derechos de paso y se oponían a una delimitación precisa de la frontera⁴.

¿Qué formas materiales adoptaban estas fronteras medievales? Guénée describe una mezcla de ríos, marcas de origen humano y lugares destacados, algo que nos remite a los *limes* sajones. Tomemos, por ejemplo, la frontera entre el condado de Champagne y la castellanía de Melun a principios del siglo XVII, descrita por el primero en un texto conservado en los archivos reales. Este escrito explicaba que la frontera comenzaba en una cruz de madera, plantada en una encrucijada, después «discurría desde esta marca de frontera hasta el pozo, desde el árbol hasta la fuente, atravesando ríos, siguiendo senderos y arroyos hasta que finalmente se unía al gran seto de Nangis, al que seguía con exactitud». Es básicamente la misma topografía de la vieja frontera sajona excepto que, estando la tierra densamente poblada y habitada desde los tiempos antiguos, las marcas de origen humano y las garantías del poder son más numerosas. En el «seto de Nangis» nos encontramos con las mismas barreras de árboles y ramas entrelazadas.

Un bosque sirve como frontera, pero un bosque puede ser muy amplio. Puede cavarse una zanja o una trinchera, en ocasiones flanqueada por parapetos en las orillas, para señalar una línea. En 2010, los bosques comunales de la aldea de Coulonges-Cohan en el Tardenois aún estaban atravesados por una trinchera fronteriza que señalaba el punto a partir

⁴ Céline Perol, «L'état, la ville et leurs frontières, un exemple toscan, XIVE-XVIIIIE siècle», en *Frontières médiévales: Cahiers du centre d'histoire des entreprises et des communautés*, Université Blaise Pascal, núm. 5, Clermont-Ferrand, 1997, pp. 86-96

del cual se les prohibía a los lugareños cortar leña. En otro lugar, un poste rematado por una bala de paja se consideraba suficiente. Pero un señor poderoso siempre sabía cómo mostrar lo que se le debía. Cuando en 1389 Gastón Febo, conde de Foix, decidió imponer una rectificación de fronteras ante sus vecinos, sus previsores enviados partieron con una carreta llena de pesadas piedras y cruces de madera.

Estos marcadores materiales únicamente funcionaban mientras se conservara la memoria de su significado. Los actos y gestos públicos eran, por lo tanto, también importantes. Un tribunal de justicia que afirmara su jurisdicción sobre un territorio contribuía a definir su posesión. También se convocaba a la memoria oral. En la frontera este entre el reino de Francia y el Franco Condado, una investigación recoge el siguiente testimonio de su informante: «A menudo, cuando las personas ancianas se encontraban a niños y niñas cerca de los límites, les decían: “Acordaos de que es la frontera que separa el reino del Franco Condado”». ¿Estaban estas fronteras estatales señaladas por un sistema regulado en el que, por ejemplo, todas las marcas fronterizas lucieran el mismo escudo de armas? Aún no. Las placas de cobre que delimitaban las fronteras del Reino aún eran escasas ypreciadas y adquirían un carácter mítico, como los grandes señaladores fronterizos de cobre que se arrojaron al río Saona, de los que se decía que delimitaban Francia de las tierras del Sacro Imperio Romano, y acerca de las cuales había informantes que decían recordar que emergían de las aguas cuando el río llevaba poco caudal.

Topografía y oficinas del registro

A partir del siglo XVI, la construcción del Estado moderno, la generalización de la imprenta y de las técnicas de agrimensura transformaron la materialidad de la frontera. Adoptó un diseño nuevo y nuevas instituciones presidieron la señalización de su ruta, la conservación de su memoria y la reproducción de su imagen. En primer lugar, las fronteras de los Estados empezaron a figurar en los mapas. Esto fue un fenómeno novedoso. Los mapas medievales se adornaban con fines decorativos y las fronteras de los territorios más o menos conocidos podían ornamentarse con imágenes de las figuras monstruosas que se supone que habitaban allí. En el siglo XVI, empezaron a producirse mapas fieles para los mercaderes y los hombres cultos de la época. Los libreros ofrecían colecciones de grabados, calcografías o xilografías, conocidas como «atlas». Las fronteras políticas, previamente desdeñadas por los cartógrafos, no empezaron a figurar en

los mapas hasta principios del siglo XVII. De hecho, se requirió un acontecimiento diplomático y, de manera más profunda, una transformación de las ideas políticas europeas, para que esta costumbre se hiciera moneda común. Con el Tratado de Westfalia de 1648, el viejo ideal de un imperio universal fue definitivamente reemplazado por la concepción particularista de las monarquías nacionales. El espacio geográfico de «Europa» se fragmentó en una pluralidad de Estados soberanos. En menos de un siglo, los mapas que se fabricaban para el público tomaron buena nota de esto. Así, el *Atlas Universel*, de Robert de Vaugondy, editado en París en 1757, ofrecía un «mapa de Europa y de sus Estados principales», con las fronteras políticas claramente señaladas.

Para representar una frontera en un mapa se necesitaba una topografía precisa de sus confines. Esta era una de las responsabilidades del Estado moderno, pero podía resultar un proceso largo y agotador, como lo testimonian las dificultades de los Grandes Duques de Toscana a la hora de delimitar su frontera con los Estados Pontificios. Estaba en juego la resistencia de la ciudad de Cortona, que se oponía desde hacía mucho tiempo al poder «central» de Florencia. La primera delimitación exacta de la frontera tuvo que esperar a la Visita de 1785, cuando irrumpió en escena una forma moderna de pensamiento: el paisaje de la región fronteriza fue descrito con todo detalle por los investigadores papales y toscanos, que acompañaron su informe con varias series de bocetos. Los topógrafos adoptaron el papel de historiadores, cuando no de jueces, al investigar el curso exacto de la frontera en un abanico de textos: registros catastrales medievales, actas notariales, cartas, mapas y fuentes impresas, como la *Historia de Toscana*. Cuando los textos no podían dirimir la cuestión, los cartógrafos recurrían al testimonio de las personas más ancianas del lugar, adoptando ahora el papel de antropólogos y transcribiendo con fidelidad las declaraciones de sus informantes.

A partir del siglo XVII, la agrimensura, la topografía y la fabricación de mapas llevó a las fronteras hasta la Era de la Ilustración. La ciencia se alió con el poder para establecer un sistema racional de fronteras, como nos muestra la política estatal de la Casa de Saboya bajo Carlos Emmanuel III de Cerdeña, que recurrió al conocimiento experto de los ingenieros topógrafos⁵. El Piamonte tenía, de hecho, un problema de

⁵ Marco Carassi, «Topographes et diplomates: l'art de d'éliminer les frontières», I. Massabo Ricci, M. Carassi *et al.*, *Securitas et tranquillitas Europae*, Turín, 1996, pp. 190-215.

fronteras. En 1559, por el Tratado de Cateau-Cambrésis, se habían fijado sus límites, entre Francia y el Imperio de los Austrias, pero este Tratado había permitido que las guarniciones francesas se quedaran en cinco fortalezas piemontesas: ¿qué régimen jurídico se les aplicaba a estos soldados? Además, el Artículo 33 del Tratado expresamente implicaba la obligación de resolver amigablemente, en un plazo de tres años, todos los conflictos fronterizos más importantes entre el entonces Principado del Piamonte y los condados de Asti y Niza. No obstante, el Tratado de Lyon (1601), que ratificaba el intercambio de territorios con Francia, había descrito esos territorios «verbalmente», de tal manera que nadie se ponía de acuerdo en dónde plantar las señales fronterizas. El Tratado de Utrecht (1713) complicó aún más la situación introduciendo la noción de «fronteras naturales».

Fue en este contexto en el que Carlos Emmanuel estableció una Oficina Topográfica especializada en 1738. De hecho, el órgano creaba la función: se envió a los cartógrafos expertos en catastro y a los topógrafos para ayudar a los diplomáticos. Al frente estaba un importante personaje, el ingeniero topógrafo Antoine Durieu, a quien, bajo ese título, se le encargó que emprendiera misiones de exploración y que trazara mapas, en colaboración con los comisionados de las potencias opuestas; que analizara los conflictos entre las comunidades que pertenecían a diferentes Estados y que formulara sus propuestas para los intercambios de territorio. Su firma sobre un mapa implicaba una garantía casi oficial. En la corte era un diplomático, pero sobre el terreno el ingeniero topógrafo se convirtió en un espía. Cuando Durieu fue enviado a la frontera entre Provenza y el condado de Niza, sus instrucciones secretas especificaban que no debía llevar consigo instrumentos de medición cuando operara en suelo francés.

El Tratado de Turín (1769) supuestamente iba a establecer la ruta precisa de la «frontera natural» entre los reinos de Francia y de Piamonte-Cerdeña, desde el lago de Lemán hasta la desembocadura del Var. La búsqueda de una línea exacta resultó ser una tarea difícil. Cuando pasaba por el curso de los ríos Ródano y Var, implicaba señalar la corriente más rápida dentro de un delta inmenso y variado. Sobre las llanuras establecer una línea mediana era laborioso; en las regiones alpinas se aplicaba el principio de la línea de la cuenca del río, que a menudo entraba en contradicción con los límites consuetudinarios. Los plenipotenciarios debatían, flanqueados unos y otros por una comisión de ingenieros

topógrafos y de otros expertos, con las actas de cada debate acompañadas de mapas. En un espíritu de reconciliación, se le había encargado a la Convención de Turín el intercambio de microterritorios que zanjarían por fin los conflictos entre los montañeses, los pastores y los granjeros.

Este espíritu de moderación no duraría mucho. En el siglo XIX, la alianza entre la cartografía y la diplomacia se forjaría de nuevo para officiar esas misas solemnes que fueron el Congreso de Viena, el Tratado de Berlín o incluso el Tratado de Versalles. En Berlín, en 1885, África fue diseccionada en grandes porciones y se encargó a los cartógrafos que dibujaran un mapa que mostrara el truco de prestidigitación por el cual se logró regalar el Kilimanjaro a Alemania: la reina Victoria deseaba recompensar a su primo. En Versalles, en 1919, se desmembraron los imperios para fabricar naciones. Los geógrafos crearon un nuevo género de mapas para uso de la diplomacia, identificando los grupos étnicos y las regiones lingüísticas, que inmediatamente se endurecieron en fronteras políticas: las unidades políticas surgidas durante el periodo de entreguerras – Hungría, Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia – fueron el resultado. Hasta la segunda mitad del siglo XX no se desarrollará la siguiente era tecnológica de la frontera, que se caracteriza por aeropuertos, migrantes, controles de seguridad y satélites. Otro mundo, con sus propios signos y significados, y con las instituciones que los transmiten y los imponen.